

historiografía y poscolonialidad*

Mauro Vega

Profesor del Departamento de Historia
Universidad del Valle.

a la memoria de Alvaro Cadavid

La intención de este trabajo es mostrar, a manera de balance general, lo que ha sido el desarrollo, trayectoria y expansión de los planteamientos centrales de los estudios de subalternidad, conocido también como poscolonialidad¹. El debate sobre la poscolonialidad está relacionado con los cambiantes campos discursivos e institucionales de la historia, la antropología, la sociología, la filosofía y la crítica literaria. La naturaleza de estas reflexiones es fundamentalmente interdisciplinaria, con un fuerte contenido crítico (deconstruccionista) de los metarrelatos sociológicos, con el

* Versión escrita de las conferencias dictadas, con este mismo título, el día 12 de mayo del 2000 en el ciclo de conferencias *Historia en el Presente*, en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle; y el 1 de agosto del 2000 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (Perú).

1. La propuesta original del grupo de Estudios de la Subalternidad apareció a fines de los años 70 en Inglaterra, constituido por un grupo selecto de historiadores, sociólogos y científicos políticos como Ranajit Guha, Partha Chatterjee, Dipesh Chakrabarty, Gautam Bhadra, Gyanendra Pandey, David Hardiman, David Arnold y Shahid Amin. Desde entonces la poscolonialidad ha sufrido importantes transformaciones como consecuencia de la reflexión interdisciplinaria y de las posiciones que han asumido las comunidades académicas. Hoy en día los estudios de subalternidad se han institucionalizado especialmente en las universidades norteamericanas bajo el sello de Estudios Culturales. En este contexto académico se formó en 1995 el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, dirigido por John Beverley e Ileana Rodríguez. Si bien ambas comunidades académicas comparten una preocupación común que, en líneas generales, se sintetiza en el análisis de la subalternidad, las relaciones imperiales y las representaciones de alteridad, también tienen diferencias en los enfoques teóricos, metodológicos y epistemológicos.

2. La bibliografía es cada vez más abundante, es una señal de que en

propósito explícito de reestructurar las ciencias sociales². En esta oportunidad me limitaré solamente a destacar la contribución de la historiografía en la teoría poscolonial, pero sin perder de vista el marco más general del debate académico en las ciencias sociales.

las ciencias sociales: el debate sobre la modernidad y la postmodernidad

No hace falta subrayar la importancia del debate sobre la modernidad y la postmodernidad en el contexto mundial y nacional³. Sin embargo, es importante recordar que a partir de este debate las ciencias sociales han tenido una mayor sensibilidad hacia el entendimiento de su propia disciplina en términos de su práctica, sus referentes teóricos, metodológicos, epistemológicos, narrativos y empíricos. Ha significado también un acercamiento menos ortodoxo y más flexible por parte de algunas comunidades académicas a temas y problemas que tradicionalmente no habían trabajado. Pero, tal vez, lo más significativo de estas reflexiones ha sido la crítica implacable a la naturaleza del discurso científico, por parte de una variante del postmodernismo

diferentes regiones del mundo existe un esfuerzo sistemático por repensar las ciencias sociales. Fue la antropología, en los años 80, que empezó con la crítica disciplinaria. Tal vez la compilación que mejor retrata ese momento es de Clifford Geertz, James Clifford y Carlos Reynoso (Comps.), *El Surgimiento de la Antropología Posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 1991. Recientemente hay que reconocer que, en gran medida, Immanuel Wallerstein es responsable de alguna de estas iniciativas. Para un balance de la sociología mundial, véase el número especial en la revista *Zona Abierta*, «¿Hacia una sociología mundial? Reflexiones desde las periferias». *Zona Abierta*, Madrid, 82/83 (1998). Immanuel Wallerstein (Coord.), *Abrir las Ciencias Sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales*, Madrid: Siglo XXI Editores, 1999. Y para el caso de América Latina y Colombia, véase: Santiago Castro-Gómez (ed.), *La Reestructuración de las Ciencias Sociales en América Latina*, Santafé de Bogotá: Pensar Instituto de Estudios Sociales y Culturales y Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

3. La bibliografía en español sobre estos temas es extensa, sólo como ejemplo para nuestro medio véase: Fernando Viviescas y Fabio Giraldo Isaza (comp.). *Colombia, el despertar de la Modernidad*. Bogotá, Ediciones Foro Nacional por Colombia, 1994.

4. Peter Gay. *De Victoria a Freud. La Experiencia Burguesa*, Tomo I, *La Educación de los Sentidos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992;

que desconfía de toda forma de explicación y razonamiento totalizador sobre la base del reconocimiento objetivo de la realidad y anuncia, al contrario, una «razón local», en términos de un juego múltiple de lenguajes.

La otra dimensión de esta crítica se refiere al contenido e intención de poder del paradigma de la modernidad, no sólo expresado en las prácticas científicas y discursivas alrededor de la razón totalizante, sino en los macrorrelatos del occidentalismo, que han organizado y legitimado un mundo a partir de las relaciones de dominación económica, cultural y política; esencia del racismo, sexismo, patriarcalismo y colonialismo.

En la historia, en la sociología y en la antropología, esta perspectiva postmodernista se ha enfocado en la crítica de los esencialismos homogenizadores en un intento por encontrar y enfatizar las diferencias, la pluralidad y la complejidad del proceso histórico. Existe una relación directa entre estas perspectivas y las nuevas tendencias temáticas con actitudes políticas comprometidas, no sólo en desafiar los paradigmas totalizantes, sino también en recuperar a los sujetos, la subjetividad, la intimidad⁴, la vida cotidiana y, sobre todo, emancipar en el texto y en la praxis (la «política de representación» de los «grupos de identidad») a las víctimas de la modernidad, del capitalismo y de la unidad orgánica y normativizadora del Estado-nación: la mujer, las minorías étnicas y sexuales, los grupos subalternos, la ecología y el medio ambiente⁵. Enfoques, sin duda, novedosos que han modificado nuestras perspectivas, pero también han reagrupado y fragmentado los objetos de investigación

Anthony Giddens, *La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo en las Sociedades Modernas*, Madrid: Cátedra, 1995.

5. Los análisis sobre el medio ambiente también han sufrido transformaciones importantes a partir de nuevas perspectivas como la teoría del conflicto y, especialmente, a partir de la propuesta de Juan Martínez Alier, quien distingue un «ecologismo de la abundancia», especialmente impulsada por las clases medias de los países ricos y un «ecologismo de los pobres», más común en los países del Tercer Mundo. Esta última perspectiva ha sido desarrollada por el grupo de Estudios de la Subalternidad de la India, como ejemplo, véase: Ramachandra Guha, «El ecologismo de los pobres», No. 8 (1994), pp. 1-22; Juan Martínez Alier, «La interpretación ecologista de la

y las unidades de análisis, como consecuencia directa de la desconfianza con los paradigmas dominantes en las ciencias sociales desde la segunda guerra mundial: el marxismo, el estructuralismo y el funcionalismo⁶.

Precisamente, la postmodernidad como discurso filosófico, político y estético es un desencanto con las promesas de la modernidad y con los modelos interpretativos alrededor de la totalidad y la teleología. Ambos conceptos tienen variaciones según las teorías sociológicas. En el funcionalismo, por ejemplo, predomina la idea de la autorregulación sistémica; en el estructuralismo la de una coherencia interna que garantiza una autoreproducción a partir de vinculaciones simultáneas y, en el marxismo, la del cambio social bajo el principio de la lucha de clases.

Para la postmodernidad, la totalidad no sería una forma válida de aproximarse a una realidad social entendida en términos de una entidad coherente, universal, sistémica y teleológica⁷; al contrario, de esta racionalidad formal, la postmodernidad postula un relativismo con respecto a una verdad ontológica y epistemológica, estructurada por el saber científico moderno; una pluralidad metodológica y temática que lo ha llevado, por un lado, a un eclecticismo y anarquismo metodológico⁸ y, por otro, a un regreso de la hermenéutica como alternativa de acceso a la realidad.

La hermenéutica plantea una actitud de comprender e interpretar el mundo más allá de los datos manifiestos y

historia socio-económica: Algunos ejemplos andinos», *Modernidad en los Andes*, Enrique Urbano (Comp.), Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de Las Casas», 1991. Y para Colombia contamos con los excelentes trabajos de Arturo Escobar, *El Final del Salvaje. Naturaleza, Cultura y Política en la Antropología Contemporánea*, Santaafé de Bogotá: Cerec-Icanh, 1999.

6. Para una buena discusión sobre estos problemas, véase: Hans Rudi Fischer, Arnold Retzer y Jochen Schweitzer (Comps.), *El Final de los Grandes Proyectos*, Barcelona: Gedisa, 1997.

7. Roland Anrup, «Totalidad conceptual o unicidad real?», *Revista de Extensión Cultural*, No. 20 (1985), Medellín, Universidad Nacional de Colombia, pp.6-23.

8. Paul K. Feyerabend, *Contra el Método*, Barcelona: Ariel, 1989.

9. Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y Hermeneútica*, Barcelona: Paidós, 1997.

10. Para una crítica desde la historia, véase: Joyce Appleby, Lynn Hunt y

postula que sólo a partir de una mediación lingüística, de un principio temporal y de un proceso creativo que se interesa más en el diálogo, la duda y en el sentido motivante de las preguntas⁹. Ambas perspectivas, guardando las distancias correspondientes, desconocen una realidad dada, unitaria y orientada por una acción teleológica y la historia como realización progresiva de la humanidad.

Las posturas postmodernas en las disciplinas de las ciencias sociales han pasado de una desconfianza y escepticismo a un relativismo radical con respecto a los relatos omnicomprendivos¹⁰. En este sentido, Lyotard precisa que la postmodernidad es efectivamente: «la incredulidad con relación a los metarrelatos»¹¹. La postmodernidad y algunas variantes del postestructuralismo relativizan tanto la norma, como el criterio de verdad y señalan que tras la pretensión del saber y la verdad se esconde una relación de poder, de autoridad y de dominación; expresándose en instituciones, prácticas, discursos y dispositivos de higiene, disciplinamiento y control social.¹² A cambio, consideran que sólo la diversidad y la pluralidad del lenguaje pueden romper con el vínculo entre saber y poder para deslegitimar toda pretensión de validez universal de la racionalidad europea alrededor de la razón, la ciencia, el orden y el progreso.

Edward Said, siguiendo este nexo entre saber y poder, ha expuesto en su trabajo *El Orientalismo*¹³, uno de los planteamientos más influyentes para la crítica literaria y los estudios poscoloniales. Intenta ser una arqueología de las representaciones y de los mecanismos de dominación de Occidente sobre el mundo no-europeo, cuyo poder se expresaría fundamentalmente en su capacidad de representar

Margaret Jacob, *La verdad sobre la Historia*, Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1998.

11. Jean Francois Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra, 1987.

12. Sobre estos problemas la influencia de los trabajos de Michel Foucault ha sido, indudablemente, determinantes, la bibliografía es extensa.

13. Edward Said. *Orientalismo*, Madrid: Libertarias, 1990.

14. Josep Fontana, *Europa ante el Espejo*, Barcelona: Crítica, 1994, pp. 132.

15. Said, *Op.cit.*, p.27.

e intervenir sobre el «Otro». Said ofrece una aguda crítica de la producción y representación intelectual europeo-occidental del Oriente. En este sentido, Josep Fontana señala que el Oriente le ha servido a Europa no sólo para poner en marcha sus proyectos coloniales e imperiales sino también para definirse en contraposición a su imagen. La interpretación histórica de los pueblos no europeos a la luz de una concepción eurocéntrica significa arrebatarles y negarles su propia historia.¹⁴ La generalidad de las ideas y la descripción exageradamente positivista aparecen como rasgos comunes de estas representaciones e imágenes que apelaban a modelos de la ciencia empírica, racistas y dogmáticas como si fueran abstracciones verídicas e inmutables. El orientalismo —siguiendo a Said— es «un estilo de pensamiento basado sobre una distinción ontológica y epistemológica entre el Oriente y el Occidente»¹⁵. Said cuestiona la pretensión que todo conocimiento verdadero está constituido por creencias y operaciones no políticas; esta creencia: «...no hace más que ocultar las condiciones políticas oscuras y muy bien organizadas que rigen la producción de cualquier conocimiento»¹⁶. Es decir, el interés académico, científico, estético y político del Orientalismo está condicionado por una relación de poder hegemónico de Occidente con respecto a Oriente, cuyo fundamento epistemológico es describir y representar al «Otro» porque supone un «Otro» genérico e incapaz de hablar por sí mismo. El texto orientalista no es un conocimiento objetivo y veraz del Oriente —señala Said— sino más bien un campo de acción y representación que construye una alteridad al poner las bases de la autoconciencia de Occidente. El orientalismo además de exotizar a un Oriente distante, lo veía también como una fuerza potencialmente amenazadora de la civilización occidental¹⁷. El orientalismo se integró en el

16. *Ibid.*, p. 29.

17. Según Said, estas imágenes han recobrado actualidad a través de los medios de comunicación masiva especialmente en los Estados Unidos que han asociado «terrorismo» y «fundamentalismo»; véase, Edward Said, «Identidad y violencia», *Márgenes, Encuentro y Debate* Año III, No.5/6 (1989), Lima, SUR Casa de Estudios del Socialismo, pp. 99-120.

18. Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (Comp.), *Teorías sin Disciplina*.

aparato administrativo y militar del imperio para legitimar la expansión colonial bajo el signo de misión civilizadora.

A partir de esta incisiva crítica a las representaciones orientalistas, Said logró establecer que toda comprensión del texto orientalista pasa por identificar el «lugar epistemológico», las instituciones y las circunstancias históricas en el que se produjeron, es decir, el texto como parte de totalidades mayores: instituciones, estructuras de poder, estados, personas y las historias tanto de los pueblos colonizados como de la metrópolis.

el poscolonialismo y la tradición historiográfica

En esta parte quiero presentar al poscolonialismo exclusivamente desde una perspectiva historiográfica, por dos razones. En primer lugar, porque creo que existen importantes balances desde otras disciplinas y especialmente desde la perspectiva de la crítica literaria y cultural que han abordado problemas tan complejos como la transdisciplinariedad, la globalización, las identidades, la cultura, la estética, el pensamiento social y político latinoamericano¹⁸. Y en segundo lugar, porque la propuesta original de la teoría poscolonial vino desde la historiografía nutriéndose de la tradición historiográfica marxista inglesa¹⁹. Siendo la subalternidad el núcleo central de la teoría poscolonial²⁰, no es posible entender su significado si no conocemos, tanto el concepto de hegemonía formulado por Gramsci,

Latinoamericanismo, Poscolonialidad y Globalización en Debate, México: University of San Francisco, Miguel Angel Porrúa Grupo Editorial, 1998.

19. Para el Grupo Latinoamericano de Subalternos, el análisis de la experiencia de las clases subalternas en el contexto de América Latina es central en su programa de investigación, sin embargo, su aproximación ha estado más cerca de las metodologías literarias y textuales, véase; John Beverley «¿Post-Literatura? Sujeto subalterno e impase de las humanidades», *Hermenéuticas de lo Popular*, Hernán Vidal (Comp.), Minnesota, Minneapolis, Institute the Study of Ideologies and Literature, 1992.

20. Véase el «Preface» de Ranajit Guha al primer número de la Revista *Subaltern Studies I. Writings on South Asian History and Society*, Ranajit Guha (Ed.), Delhi: Oxford University Press, 1982.

21. La escuela francesa de los Annales tiene su propia trayectoria en el tema de «lo popular», es más fue Georges Lefebvre quien acuñó el término la «historia desde abajo». Sin embargo, por su énfasis en la historia de las

como el debate alrededor de «lo popular» desarrollado por la historiografía inglesa²¹.

la historia social

En el marco de la historia social inglesa se desarrolló una línea de investigación preocupada en, términos generales, por describir las condiciones de vida, las actitudes políticas y las expresiones culturales del pueblo como alternativa a la historiografía elitista. Esta propuesta, inicialmente, no tenía claridad conceptual ni explicativa, simplemente definía el «pueblo» como oposición a la élite. «Lo popular», entendido como lo subalterno, sólo adquirió significado cuando se incorporaron problemas y conceptos como clase y cambio social, desde una perspectiva estructural. La experiencia de los sectores populares sólo podría descifrarse a partir del análisis de las estructuras y del contexto histórico específico. Con el tiempo, devino en historia popular o historia desde «abajo», logrando un desarrollo extraordinario en la historiografía inglesa.

Esta línea de investigación, impulsada por un marxismo crítico, renovado y creativo, intentaba explicar el proceso histórico con modelos asimilados de la sociología y la antropología. En el primer caso para dar cuenta del cambio histórico, a partir de la interacción entre las estructuras y la acción social²² y, en el segundo, para explicar la naturaleza de las identidades y las conductas culturales. Todo

mentalidades, esta escuela muestra a los sectores populares en términos genéricos, estáticos y anónimos gobernados por alguna mentalidad colectiva, eliminando así cualquier reconocimiento de acción y conciencia política por parte de las clases bajas. La temática de lo popular se identificaba con la cultura popular desde las prácticas religiosas, el sistema de ritos, creencias, alfabetización y lectura de libros de venta ambulatoria en el siglo XVII («biblioteca azul»).

22. Para buenos balances e introducciones a estos debates, véase un viejo trabajo de Peter Burke, *Sociología e Historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1987; Eric Hobsbawm, «De la historia social a la historia de la sociedad», *Historia Social*, No. 10 (1991), Valencia; Santos Juliá, *Historia Social/Sociología Histórica*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1989; Julián Casanova, *La Historia Social y los Historiadores*. Barcelona, Crítica, 1991.

23. Esto también puede leerse como compromiso político. Entre los

esto visto desde una noción de totalidad y de cambio social determinados por una explicación causal.

En el terreno de la explicación histórica, los historiadores sociales postulan que el énfasis en el análisis del material histórico depende de la perspectiva asumida²³ y, de las posibilidades de los modelos explicativos. Estos marcos teóricos daban prioridad a las causas estructurales como explicación central de los procesos de cambio y, aunque estas narrativas ya habían incorporado la experiencia de la «gente corriente», subordinaron su acción a las grandes transformaciones globales bajo el modelo de la «modernización».

La propia investigación histórica fue modificando, reformulando y matizando esta propuesta. Historiadores como Rudé, Thompson, Hobsbawm, Hilton, Hill y más tarde Samuel, interesados en recuperar en sus estudios a las clases populares como agentes activos del desarrollo histórico, nunca abandonaron del todo la perspectiva estructural. Pero lo que sí rechazaron contundentemente fue el determinismo económico, predominante en los enfoques marxistas de la época y retomaron la perspectiva de las relaciones y lucha de clases bajo una mirada más flexible que fue aplicada al análisis de los sectores populares.²⁴

El interés de fondo era conocer el impacto de los cambios estructurales en la vida de la «gente corriente» y medir las respuestas políticas y las estrategias culturales de resistencia, confrontación, adaptación, negociación y asimilación. Se esforzaron por recuperar la experiencia cotidiana, social,

historiadores marxistas británicos a diferencia de sus colegas franceses la postura y la acción política eran parte central de sus reflexiones e investigaciones académicas. El mejor ejemplo es el grupo de historiadores, obreros y estudiantes alrededor del movimiento y de la revista *History Workshop*, dirigido por Raphael Samuel. Para una compilación de textos, véase, Rafael Samuel (Ed.), *Historia Popular y Teoría Socialista*, Barcelona: Crítica, 1984.

24. Para un extraordinario balance de esta trayectoria historiográfica, véase, Harvey J. Kaye, *Los Historiadores Marxistas Británicos. Un Análisis Introductorio*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.

25. Casanova, *Op.cit.*, p, 97.

26. Esta limitación temporal es propia de la historiografía inglesa a diferencia de la tradición historiográfica francesa e italiana que trabajan

cultural y política de las clases subalternas en el marco de relaciones de poder, subordinación y dominación. Estos historiadores lograron combinar un agudo sentido por el cambio social y las estructuras (socio-históricas de largo plazo), con la acción social en términos de conflicto, lucha, cooperación y negociación.

Si bien el viejo debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo pesaba en la tradición historiográfica inglesa, ésta fue traducándose a esquemas más flexibles como, por ejemplo, para articular estructuras agrarias con formas de vida cotidiana, relaciones de autoridad, cultura y de lucha campesina. Los factores materiales dejaron de ser determinantes y pasaron a constituirse en elementos complementarios a los vínculos sociales, a las relaciones de producción y de poder.

Como resultado de esta contribución historiográfica inglesa, tenemos unos modelos analíticos que lograron articular de manera coherente y sistemática el análisis de las relaciones de clases con contextos históricos particulares²⁵. Lograron superar con éxito tanto el enfoque rankiano como al determinismo económico imponiéndose de ese modo, en la narrativa histórica una mirada desde «abajo». Esta perspectiva que combinaba las estructuras, el cambio social y las acciones proyectaron al análisis y al debate historiográfico temas, problemas, metodologías y herramientas conceptuales con las cuales se logró recuperar, en la explicación histórica, la experiencia de las clases subalternas, lo cual se tradujo en investigaciones que enfatizaban en el estudio de la cultura, los estilos de vida popular y, fundamentalmente, la protesta social en periodos de transición y consolidación del capitalismo o posteriores a la Revolución Francesa²⁶.

Temáticamente, en el transcurso de las décadas del 70 y 80, en diferentes contextos académicos, se puso acento a

con un arco temporal mucho más amplio que puede incluir varios periodos de la historia europea.

27. Entre los trabajos más representativos de la historia social sobre los negros en los Estados Unidos, véase: Eugene Genovese, *Roll, Jordan, Roll. The World the Slaves Made*, New York: Vintage Books, 1974; y del mismo

la perspectiva del sujeto, de la acción social y de la cultura más que en las explicaciones estructurales²⁷. El énfasis en los sujetos subalternos, en tanto agentes de acción y cambio, desplazaron a los enfoques que los veían como parte de unidades anónimas, orgánicas y monolíticas, incapaces de reconocer a individuos que desafíen y elaboren estrategias frente al poder y a la norma, a partir de sus propias concepciones de la vida, de la política y del mundo²⁸.

En suma, esta historia social no sólo pudo recuperar en el relato histórico a la «gente corriente», sino que también se la restituyó en su propia historia. Lo cierto es que, a partir de entonces, la plebe, los campesinos, artesanos, trabajadores, esclavos, indígenas, mujeres y obreros formaron parte del juicio histórico y de las consideraciones epistemológicas. Lo cierto, también, es que a partir de entonces los historiadores no podían evadir e ignorar la importancia de las clases subalternas tanto en el discurso historiográfico como en el proceso histórico. Es decir, fueron visibles porque en el taller del historiador se les vio desde cierta perspectiva y desde una explicación causal adecuada. Además, «lo social» y «lo popular» no sólo fueron objetos de investigación, sino también modos de interpretar y explicar el proceso histórico desde «abajo»²⁹.

la nueva historia cultural

autor; *From Rebellion to Revolution. Afro-american Slave Revolts in the Making of the New World*, Boston Rouge: Louisiana State University Press, 1979. Sobre la experiencia de la población indígena andina, véase, Steve Stern J. *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*, Madison: University of Wisconsin Press, 1982. (Hay ed. en cast., Alianza Editorial). Y sobre los campesinos del sudestasiático, véase, los influyentes trabajos de James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant Resistance in Southeast Asia*, New Haven: Yale University Press, 1976; *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven: Yale University Press, 1985.

28. En este sentido, los trabajos de la microhistoria italiana de Carlo Ginzburg y Giovanni Levi dieron las pautas y el giro para reconocer y analizar con más determinación la subjetividad de los sectores populares.

29. Juliá, *Op. Cit.*, p. 24.

30. Clifford Geertz, *La Interpretación de las Culturas*, Barcelona, Gedisa: 1995.

31. E.P. Thompson, «Folklore, antropología e historia social», *Historia*

Hacia fines de la década del 70 e inicios de la siguiente, en la historiografía se dio un nuevo desplazamiento, esta vez hacia la antropología. El concepto de cultura estaba inspirado en los modelos interaccionistas y etnometodológicos, especialmente desarrollados por una antropología simbólica representada en la figura de Clifford Geertz³⁰. Esta perspectiva tenía el interés de conocer, más que las estructuras como sistema de relaciones de oposición clasista, las redes, el conocimiento ordinario («capital cultural»), las estrategias cotidianas individuales y colectivas de reproducción de la acción social y de las estructuras sociales. El interés por los grandes procesos y las transiciones históricas se reformularon temática y metodológicamente a escalas más reducidas en las que se destacaba, fundamentalmente, a los sujetos en contextos que coordinan y dan sentido a sus acciones para lograr márgenes de maniobra con respecto a los sistemas normativos.

El nexo entre la historia y la antropología tuvo un extraordinario desarrollo casi en todas las tradiciones y escuelas historiográficas del mundo, especialmente la microhistoria italiana, la historia de las mentalidades francesa, la historia social inglesa y norteamericana, estas dos últimas representadas por E.P. Thompson y Natalie Zemon Davis, respectivamente. Ambos historiadores pusieron más atención a los aspectos ritualizados y teatralizados de la acción de la multitud como una expresión cultural y comunal³¹.

Thompson y Davis³² comparten un énfasis en lo que ellos consideran el papel decisivo de la cultura como una fuerza directiva del cambio histórico, propuesta que estaba dirigida a cuestionar a los anteriores enfoques que habían reducido la experiencia de clases populares a partir de una aproxima-

Social, No. 3 (1989), Valencia, pp. 81-100; Natalie Zemon Davis, *Sociedad y Cultura en la Francia Moderna*. Barcelona, Crítica, 1993.

32. Aquí sigo los comentarios de Suzanne Desan sobre Thompson y Davis en su artículo: «Crowds, community, and ritual in work of E.P. Thompson and Natalie Davis», Lynn Hunt (Ed.) *The New Cultural History*. California. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1989, pp. 47-71.

33. E.P. Thompson, «The moral economy of the English crowd in the eighteenth century», *Past and Present*, 50 (Feb. 1971), pp.76-136.

34. Zemon Davis, *Op. Cit.*

ción que correlacionaba mecánicamente fuerzas económicas y construcciones culturales. Formularon metodológicamente que las expresiones simbólicas podían ser utilizadas por los historiadores para explicar el cambio histórico y analizar contextos particulares a partir del conocimiento, la ideología y el sentido común de los sujetos populares; es decir, utilizaron la cultura en un elemento articulador y orientador de la vida y de las acciones sociales. Así mismo, redefinieron la noción de clase y de lucha de clases por una interacción dialéctica entre experiencia y conciencia social; sobre todo para aproximarse a las relaciones recíprocas, intersubjetivas y a la experiencia de la multitud. Thompson y Davis comparten la convicción de que las clases subalternas no estuvieron simplemente a merced, como sujetos pasivos ni como víctimas de las contingencias históricas (capitalismo, industrialización, formación del Estado-nación), sino, más bien, jugaron un papel activo e integral en la definición de su propia identidad y en el desarrollo de esos procesos a través de estrategias cotidianas, simbólicas y formas de violencia colectiva.

Estos historiadores estudiaron el mundo popular, sus expresiones sociales y políticas como los motines, revueltas, fiestas, religión y vida cotidiana, como terreno fértil para explorar sus convicciones teóricas y metodológicas. Thompson analizó la protesta social en el contexto inglés del siglo XVIII, a partir del concepto de «economía moral»;³³ y Davis estudió la violencia religiosa en Francia durante el siglo XVI, a partir de las creencias y ritos religiosos, el juego festivo y la conexión entre las culturas escritas y orales³⁴. Ambos trabajos presuponen que la reconstrucción de los rasgos contextuales es la mejor forma para abordar el análisis de las conductas sociales y el punto de vista de los sujetos sociales. Al poner énfasis en el contexto y articularlo con la acción, la estructura social se definirá *en y por* la acción social que, en cierto sentido, sigue predominando; el peso de la estructura (del orden social) que se traducirá en ac-

35. Es importante recordar el debate historiográfico alrededor de la crítica de E.P. Thompson al «estructuralismo marxista» de Althusser y luego la intervención de Perry Anderson en este mismo debate. Véase, E.P. Thompson, *Miseria de la Teoría*, Barcelona: Crítica, 1981; Perry Anderson,

ciones prácticas a través de la costumbre, la tradición, las normas morales y la «noción legitimante».

Aunque es cierto que el sujeto popular dispone, hace uso (recursos interpretativos) y crea un campo de acción (*habitus*), también está condicionado, limitado y mediado por la cultura, el contexto y el orden normativo. Es decir, la capacidad de acción e iniciativa de las clases populares con respecto a las instituciones y al orden normativo se proyecta tanto en la «fuerza de la costumbre» como en la vocación de cambio.

En síntesis, Thompson y Davis focalizaron su análisis en los significados, motivaciones, estrategias de legitimación y de acción colectiva de los sectores populares. Estas nuevas aproximaciones reformularon la naturaleza de la producción de la acción, la cultura y la socialización de los sujetos subalternos. Resolvieron y superaron la metáfora de totalidad, base y superestructura, aproximándose al estudio de la subjetividad, del contexto, de las relaciones simultáneas y de las secuencias temporales en el mundo popular.

Estos resultados luego fueron complementados por otros debates como las de la política campesina en el mundo (Samuel Pokin, James Scott, Steven Stern, Jonh Tutiño, Brooke Larson, Katz, Van Young, Flores-Galindo y O'Phelan) y el poscolonialismo.

el postestructuralismo

Otra contribución determinante para configurar la teoría poscolonial ha sido el postestructuralismo que surge con los cambios operados en las ciencias sociales y fundamentalmente por el llamado «giro lingüístico» en el marco del estructuralismo, cuyos representantes más visibles fueron Saussure, Foucault, Lacan, Althusser, Chomski, Derrida y Levi-Strauss³⁵. El postestructuralismo postula la relación entre el lenguaje y la constitución de la acción social, en cuanto reconoce la relación intersubjetiva y recíproca de sujetos comunicativamente socializados. El lenguaje y la

significación son constitutivos de la praxis social, el lenguaje media un entendimiento intersubjetivo y articula un mundo simbólicamente estructurado. Esta propuesta intenta reconstruir el universo subjetivo y los contextos cotidianos a partir de la acción comunicativa, en un esfuerzo por superar la noción de un sujeto autoreferido y con rasgos fijos e invariables.

Predominantemente, el postestructuralismo afirma que el discurso y el juego de lenguajes están articulados y situados en el campo de la acción social, superando en gran medida, tanto la explicación en términos de un individualismo autónomo y voluntarista como en términos de la distinción entre lo consciente e inconsciente y entre lo racional e irracional. Esto llevó a reconocer a un sujeto, en cuanto agente, capaz de producir sentido y acción, a partir de la interpretación y apropiación del texto y del sistema de significantes.

En este sentido, Ricoeur ha querido ver en el lenguaje la capacidad de conservar y articular la experiencia social con expresiones apropiadas a las circunstancias de la acción humana³⁶. Para este autor es importante recuperar los conceptos que describen la acción y la opción según su sentido de acción, tales como: de intención, de fin, de razón de actuar, de motivo, de deseo, de preferencia, de elección, de agente y de responsabilidad. Y señala: «El carácter articulado del discurso de la decisión constituye su carácter de estrategia».³⁷ El discurso y la acción social tienen un carácter relacional en cuanto el lenguaje, la realidad y el sujeto no son entidades autoreferidas.

La preocupación del postestructuralismo era superar la mirada de Althusser que sostenía que ningún sujeto produce historia, los sujetos están ubicados en la estructura. Giddens

Teoría, Política e Historia. Un Debate con E.P. Thompson, Madrid: Siglo XXI Editores, 1985.

36. Paul Ricoeur, *El discurso de la acción*, Madrid: Cátedra, 1988, p.12.

37. *Ibid.*, p. 17.

38. Thompson, (1981), *Op. Cit.*

39. Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1995.

40. E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona:

y Thompson³⁸ coinciden en la crítica a este planteamiento, señalando que Althusser no tiene un planteamiento convincente de cómo se producen las estructuras ni tampoco una teoría de la estructuración. Giddens, por su parte, intenta encontrar puentes entre el estructuralismo y la agencia, asumiendo que los sujetos están condicionados por las estructuras, pero también éstas son producto de los agentes.³⁹ Así mismo, Thompson, en uno de sus trabajos más importantes de historia social⁴⁰, trataba de entender la forma en que la clase obrera se fue constituyendo, no «pasivamente» ni determinada por las relaciones de producción capitalista, sino a través de su «experiencia» y su cultura como sujeto colectivo consciente de sí mismo y como sujeto de la historia. Es decir, a partir del estudio de los sistemas de significación que producen y mantienen subjetividades y valores.

En esta dirección, los planteamientos de Pierre Bourdieu⁴¹ y Michel de Certeau rehuyen y rechazan la racionalidad funcionalista de las metanarrativas y del individualismo metodológico y apuestan por una sociología práctica y una teoría de los agentes sociales. Ambos reconocen en las estrategias y en el *habitus* campos de acción práctica, en tanto espacios de juego, de negociación y de conflictos. Bourdieu sostiene que las acciones de los agentes no están guiadas por ninguna regla consciente, ni por decisiones voluntaristas de los individuos, ni por principios racionales, ni por metas predefinidas e intencionales, sino por una lógica y un sentido práctico resultantes de «un sistema de disposiciones duraderas» (*habitus*), dispuestas a ser aplicadas, objetivamente, orientadas e improvisadas en la acción social. Las posibilidades de jugar con cierto éxito dentro de un campo particular dependen tanto del capital simbólico y del conocimiento que los agentes controlen, como de las

Crítica, 1989.

41. Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid: Taurus, 1991.

42. Michel de Certeau, *La Invención de lo Cotidiano*, México: Universidad Iberoamericana, 1996.

43. *Ibid.*, pp. 42 y 43.

44. La historiografía y la etnohistoria andina desde hace mucho tiempo

variaciones que se den en los futuros escenarios o por las modificaciones de posición en el campo de juego.

Michel de Certeau⁴² considera que los comportamientos tienen un «*lugar*» y las modalidades de *acción* se distribuyen en tipos de operaciones y procedimientos de producción y consumo. De Certeau hace distinción entre estrategias y tácticas para demostrar que los agentes están delimitados por campos de poder y de acción; hay *lugares propios* y *lugares del otro* desde donde se bosquejan las estrategias y las tácticas, en tanto representan intereses, acciones, temporalidades y sentidos en contextos asimétricos. Para De Certeau, la distinción entre estrategia y táctica resulta fundamental para entender la dinámica y la lógica de los agentes en un orden social jerárquico con instituciones dominantes, relaciones de poder, subordinación y exclusión. Nos interesa aquí destacar lo siguiente:

Llamo *estrategia* al cálculo (o a la manipulación) de las relaciones de fuerza que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y de poder (una empresa, un ejército, una ciudad, una institución científica) resulta aislable. La estrategia postula *un lugar* susceptible de ser circunscrito como *algo propio* y de ser la base donde administrar las relaciones con *una exterioridad* de metas o de amenazas... La *táctica* no tiene más lugar que del otro. Además, debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña. No tiene el medio de *mantenerse* en sí misma, a distancia, en una posición de retirada, de previsión y de recogimiento de sí: es movimiento 'en el interior del campo de visión del enemigo'... y está dentro del espacio controlado por éste.⁴³ (El énfasis es del autor).

A partir de estos elementos, De Certeau rechaza las versiones que plantean las relaciones de poder y dominación en términos de sumisión y pasividad, porque supone que los sujetos subalternos son guiados y organizados, exclusiva-

han desarrollado estas perspectivas, especialmente abundan los trabajos sobre la experiencia de las poblaciones indígenas en el contexto colonial y, recientemente, en el contexto de la formación del Estado-nacional.

mente, por las producciones e intereses de las clases dominantes. Los sujetos populares, generalmente, han manipulado la normatividad, las relaciones de poder y han alterado la toma de decisiones. Si bien De Certeau reconoce esta capacidad e iniciativa por parte de los sujetos subalternos, estas maniobras se mueven en unos límites impuestos por el orden social (estructura) y por el campo dentro del cual operan. Los procedimientos de «consumo» y las relaciones con la «exterioridad» les posibilita a los sectores subalternos reducir, desviar, negociar, colaborar, evadir y resistir a las leyes, a las instituciones y a las producciones del orden dominante⁴⁴.

el poscolonialismo

Dentro del mundo académico, el poscolonialismo está considerado como un área nueva del conocimiento y un nuevo campo de estudios interdisciplinarios que intenta elaborar un programa de investigación como alternativa a los modelos teleológicos. Es una especie de «desencantamiento» en relación con los paradigmas sociológicos, antropológicos e históricos que surgieron en el contexto de la modernidad. Hay que considerar, en este sentido, al poscolonialismo como parte del debate más amplio sobre la crítica y rechazo de la

Creo que esta producción es fundamental para cualquier reflexión de subalternidad en la historia latinoamericana; por el contrario, no ha recibido ningún comentario serio por parte de los académicos que fundaron el Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos (GESLA); en el Manifiesto inaugural no se hace ninguna referencia a los debates académicos más importantes realizados, por ejemplo, en la región andina. Al respecto, se pueden consultar algunas compilaciones hechas en la región como resultado de encuentros y debates entre académicos del norte y del sur auspiciados por el Social Science Research Council (SSRC); véase: Brooke Larson, Olivia Harris y Enrique Tándeter (Comp.), *La Participación Indígena en los Mercados del Sur Andino*, La Paz: Cerec, 1987; Steven Stern (Comp.), *Resistencia, Rebelión y Conciencia Campesina en los Andes, Siglos XVIII al XX*, Lima: IEP, 1990; Segundo Moreno y Frank Salomon (Comps.), *Reproducción y Transformación de las Sociedades Andinas, Siglos XVI-XX*, Quito: Abya-Yala, 1991.

45. Castro-Gómez y Mendieta, *Op. Cit.*, p. 17. Sin embargo, vale la pena recordar que Sartre es de los pocos filósofos europeos que reflexionó crítica y apasionadamente la experiencia del colonialismo a propósito de la guerra en Argelia, véase: Jean Paul Sartre, *Colonialismo y neocolonialismo*,

modernidad occidental. La poscolonialidad, precisamente, trata de deconstruir las metanarrativas sobre la modernización, racionalización y progreso en un esfuerzo por develar y denunciar su contenido totalizador al querer imponerse a otros contextos históricos y realidades no-europeas. Los defensores de la teoría poscolonial, al rechazar el proceso, la experiencia y las promesas de la modernidad, se acercan, de cierta manera, a los críticos de la cultura occidental y de la modernidad capitalista como Marx, Nietzsche, Simmel, Freud, Benjamin, Weber, Adorno, Horkheimer y Foucault, quienes desde diferentes perspectivas y grados denunciaron las patologías de la modernidad. Aunque –como lo advierten Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta– ninguno de estos pensadores tematizó los vínculos entre la metafísica occidental y el proyecto europeo de colonización, por el contrario, todos ellos permanecieron recluidos en el ámbito de la crítica intraeuropea⁴⁵. Frente a esta limitación en la crítica a la modernidad europea, los académicos del Tercer Mundo apuntan sus críticas a los discursos y a las representaciones eurocéntricas que universalizan la experiencia europea a costa de suprimir y negar en sus narrativas la acción histórica de los pueblos y de las sociedades no-europeas⁴⁶. Aún más, los teóricos poscoloniales critican fundamentalmente la experiencia y la lógica del colonialismo e imperialismo en un esfuerzo por restaurar la voz, la experiencia, la identidad y la historia del subalterno y de las localidades periféricas. Además, están contra la metanarrativa nacional de homogeneidad y unidad nacional; al poner al nacionalismo en el mismo orden de la razón y el progreso instituidos por la experiencia colonial,⁴⁷ que han formado identidades subordinadas sobre la supresión de la riqueza cultural indígena. La reflexión poscolonial se fundamenta en la crisis y desmonte del colonialismo europeo en el siglo XX y en la expansión de relaciones imperialistas que lo han seguido

Buenos Aires: Losada, 1965.

46. Samin Amir, *Eurocentrism*, Nueva York: Monthly Review Press, 1989.

47. Partha Chattarjee, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse*, Londres: Zed, 1986.

48. Bill, Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, *The Post-Colonial Studies Reader*, Londres: Routledge, 1995, p. 117.

hasta el presente. En este sentido, el poscolonialismo abre un campo para estudiar y entender los efectos de las relaciones imperialistas y la creación de formas de opresión política, económica, racial, cultural y discursiva, así como también para reconstruir las reacciones y resistencias anticoloniales en localidades periféricas, que han surgido de esta tensión y han impactado en el poder del conocimiento cultural imperialista. El poscolonialismo ha sido explicado, precisamente, como «una atención prolongada al proceso imperial en sociedades coloniales y neo-coloniales como también en el examen de las estrategias para subvertir los efectos materiales y discursos de este proceso»⁴⁸.

De manera que al reconocer que el proceso del colonialismo y sus variantes (imperialismo, globalización) no tiene un fin, su prefijo «pos» no significa «después» del colonialismo, tampoco empieza con la independencia. Más bien, el poscolonialismo representa un período nuevo que toma su forma y significado desde el primer momento del contacto colonial. Si bien la experiencia del poscolonialismo ha sido diferente en diversos contextos, hay de todos modos características y tendencias comunes como es la imposición de estructuras de poder, la actualización de dispositivos y procesos sistemáticos de dominación cultural, sobre el cuerpo y espacio de los «Otros». Pero también diferentes formas de lucha y de resistencia, de una u otra forma, siempre están presentes en todo contexto colonial.

Un impulso aún más importante para la teoría poscolonial ha sido la reflexión sobre la subalternidad y la cultura. Partiendo de las contribuciones de la historia social, la historia popular, la historia cultural, pero fundamentalmente de la teoría crítica de Gramsci y Raymond Williams, el poscolonialismo, en su versión historiográfica propone una redefinición teórica de estos conceptos para que puedan ser aplicados a las experiencias poscoloniales. La cultura dejó de ser vista como un conjunto heredado de creencias,

49. Gyan Prakash, «Los estudios de la subalternidad como crítica postcolonial», Silvia Rivera Cusicanqui y Rosana Barragan (Comps.), *Debates Post Coloniales: Una Introducción a los Estudios de la Subalternidad*, La Paz: SEPHIS, s/f, p. 296.

prácticas y tradiciones que encierran entidades imaginarias cerradas y autodefinidas. En vez de ello, los *poscoloniales* proponen que las identidades culturales son constantemente reelaboradas, redefinidas y reinventadas a través de múltiples vinculaciones sociales (clase, etnia, género) y de poder. La cultura es un proceso dinámico, continuo y creativo que se expresa en estrategias de resistencia y negociación con el propósito de acomodarse a las cambiantes formas de dominación. Así, las prácticas culturales de las clases subalternas no corresponden a ninguna esencia cultural, tampoco a un lugar fijo en la estructura social, sino, más bien, son respuestas que maniobran tácticamente una ubicación estratégica en las relaciones de poder y de autoridad.

En este sentido, el concepto gramsciano de hegemonía se retoma para entender la dominación en términos de espacio de negociación y consenso, pero también de confrontación y conflictos de clase. Como lo señala Prakash si bien el término «subalterno» viene de Gramsci y hace referencia a relaciones de subordinación, en términos de clase, casta, género, raza, lengua y cultura y se utiliza para poner en relieve la centralidad de dominantes/dominados en la historia, para rectificar la inclinación elitista que caracteriza la investigación en los estudios de Asia del Sur. Esto significa rechazar la convicción de que las élites habían ejercido dominación sobre los subalternos, pero no de hegemonía, en los términos de Gramsci⁴⁹.

La historiografía sobre la cultura popular ha desarrollado la perspectiva de la «circularidad cultural»⁵⁰ para referirse también a espacios de encuentro, competencia, apropiaciones e intercambios simbólicos entre el pueblo y los sectores dominantes. Para Bajtin, por ejemplo, la fiesta popular y especialmente el carnaval, era el tiempo de una liberación transitoria más allá de las normas y de la órbita de la con-

50. En gran medida Bajtin se anticipó con mucho tiempo al formular un modelo de las relaciones pueblo/élite en términos de una articulación que genera respuestas simultáneas y recíprocas de entendimiento de lenguajes y símbolos consensuales del poder. Véase, Mijail Bajtin, *La Cultura Popular en la Edad Media y Renacimiento. El Contexto de Francois Rabelais*,

cepción dominante que significaba la abolición temporal de las relaciones cotidianas de jerarquías y privilegios.

Es decir, con la contribución de todas estas reflexiones los poscoloniales intentan superar el determinismo económico y las perspectivas que ponen énfasis en la confrontación de clases y de culturas opuestas⁵¹. El esfuerzo de los teóricos poscoloniales es deshacerse del modelo binario élite/pueblo, que ve a los grupos subalternos como sujetos de poder, es decir, su existencia y sus actividades están condicionadas por la esfera de las élites; el enfoque estático funcionalista de «reproducción sincrónica» que trata a las sociedades «tradicionales» como entidades autoreproductivas, corporativas y aisladas; y del enfoque del «sistema mundial», noción de que las estructuras de las formaciones culturales y políticas, «periféricas», están directamente determinadas por su inserción subordinada (aculturación, hibridación) en el capitalismo, el Estado y la globalización. Guha avanza más y dice que «los subalternos habrían actuado en la historia 'por sí mismos', es decir, independientemente de la élite»; su política constituyó «un dominio autónomo, dado que no se originaba en la política de la élite, ni su existencia dependía de ella».⁵²

De esta manera se supera una visión cosificada y dicotómica de lo subalterno y se formula un nuevo marco teórico matizado y flexible para explicar la relación de dominación y resistencia, a partir del reconocimiento de la capacidad

Madrid, Alianza Editorial, 1988. Este mismo esquema fue utilizado por

Carlo Ginzburg en su libro: *El Queso y los Gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986.

51. Para importantes revisiones generales sobre los conceptos de cultura y subalternidad en los estudios poscoloniales véanse los trabajos de: Ranajit Guha, «On some aspects of the historiography of colonial india», Ranajit Guha y Gayatri Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York: Oxford University Press, 1988; Homi, Bhaba, *The Location of Culture*, Londres: Routledge, 1992; Gayatri, Spivak, «Can the subaltern speak?», Patrick Williams y Laura Chrisman (eds.), *Colonial Discourse and Postcolonial Theory*, Nueva York: Columbia University Press, 1994.

52. Citado en Gyan Prakash, *Op. Cit.*, p.296.

e iniciativa histórica del sujeto subalterno (de agencia) negada por un enfoque elitista, por narrativas coloniales, nacionalistas y marxistas.

comentarios finales

Como hemos visto, la dominación, la subalternidad y la cultura han sido claves en los trabajos de los teóricos postcoloniales. Es importante recuperar el interés historiográfico por los problemas abordados y los importantes avances en el estudio de las clases subalternas en la historia andina y latinoamericana. En este sentido, faltan más reflexiones a fondo sobre la historiografía y la etnohistoria andinas. Cualquier reflexión en América Latina tiene que pasar por incorporar, reformular, criticar y deconstruir las categorías de etnicidad, multiculturalismo, «resistencia», «aculturación» y los modelos de la «Teoría de la Dependencia» y la «herencia colonial».

Este debate se halla signado por la crisis de los paradigmas y por una redefinición histórica entre el «centro» y la «periferia», entre cultura global y local en una nueva etapa del capitalismo transterritorializado. En este sentido, el poscolonialismo propone deconstruir las narrativas centrales de la cultura occidental y desmontar la relación entre el «centro» y la «periferia», en el discurso imperialista. Ello implica una crítica política y ética de las ambiciones globales e imperialistas. El poscolonialismo comparte con el postmodernismo el prefijo «pos», que representa una ruptura con el pasado, pero en sus programas de investigación toman caminos políticamente distintos. Si en el postmodernismo el objeto de análisis es el sujeto humano –como individuo–, en el poscolonialismo el objeto es el sujeto imperialista, los colonizados que han sido enajenados pero que también han ejercido formas de resistencia al proyecto imperial.

Lo importante también para la teoría poscolonial es descolonizar el discurso historiográfico eurocéntrico; en tanto que el surgimiento de la historiografía moderna ocurrió simultá-

neamente con la expansión del colonialismo, en su anexión violenta del mundo no-europeo, encontró en la historia un instrumento fundamental para legitimar el control colonial, para representar y construir una realidad mundial funcional a sus intereses. Esta historiografía universal y teleológica ha relegado e ignorado a las sociedades no-occidentales a los márgenes de la historia. El trabajo poscolonial cuestiona este mensaje e intenta reescribir la heterogeneidad de la representación histórica, la memoria y la autenticidad cultural de los pueblos colonizados.

El poscolonialismo, además, ofrece un marco teórico para discutir la naturaleza de lo individual y lo colectivo (la intersubjetividad) y analizar las diversas experiencias de las clases subalternas en contextos coloniales y poscoloniales. Lo importante de este enfoque es que los sujetos subalternos no son tratados como sujetos pasivos, sumisos, víctimas, vencidos e irracionales; por el contrario, son narrados en el momento en que tratan de desafiar el poder alienador. Esta propuesta sienta las bases de un argumento a favor de una concepción de la cultura, como práctica política, comprometida en el proceso de «hacer historia».